

34/13

# ATLETISMO

## OCHO NOVENTA

Poco importa que Mike Powell en 1991 le arrebatase la condición de salto más largo de la historia. La historia del deporte siempre guardará en sus rítmicas favoritas el maravilloso instante en el que Bob Beamon batió por 55 centímetros el récord del mundo de longitud. Ocurrió en México en 1968, en un instante en el que todos los factores influyeron para lograr lo inimaginable.

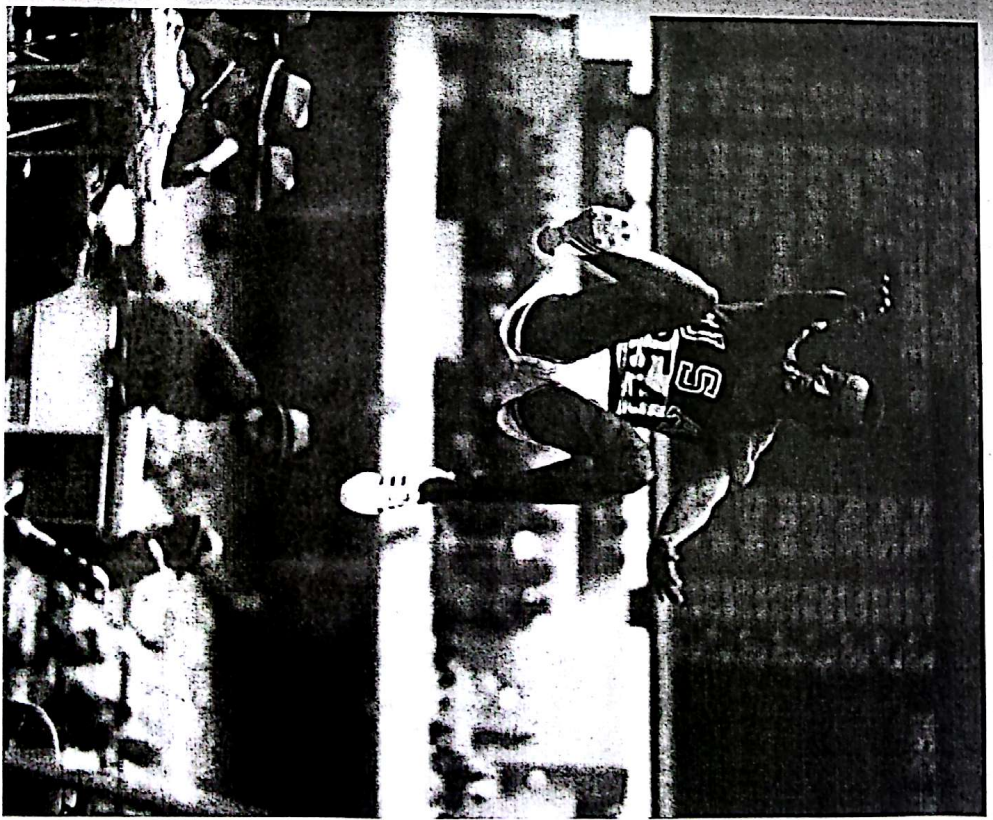
- Bob Beamon
- Lee Evans
- Larry James
- Ron Freeman
- Mike Powell

- Mike Powell
- Lee Evans
- Larry James
- Ron Freeman
- Mike Powell

El 17 de octubre de 1968, en el estadio olímpico de Ciudad de México, poco antes de las cuatro de la tarde los finalistas de la prueba de 400 metros estaban a punto de colocarse sobre los tacos. Lee Evans, Larry James y Ron Freeman –los tres americanos que acabarían copando el podio– se preparaban para protagonizar una de las pruebas más esperadas del calendario de aquellos Juegos. Miraron hacia el foso del salto de longitud justo cuando Bob Beamon comenzó a correr. Desde la distancia siguieron la decidida batida de su compatriota, su interminable vuelo y su aterrizaje sobre la arena. Del estadio se apoderó una sensación extraña por lo que acababa de suceder y corrió por la grada un murmullo de incredulidad. El público entendía que algo fuera de lo común acababa de ocurrir ante sus ojos aunque no estaban muy seguros de qué. A casi cien metros de distancia Freeman se volvió a sus compañeros y les dijo «ha sido un salto muy largo, extraordinario». Nadie podía permanecer ajeno. La final de 400 metros comenzó con casi media hora de retraso ante la imposibilidad de aislarse de la conmoción que supuso ver a Bob Beamon superar el récord del mundo de longitud en 55 centímetros, saltar hacia otro siglo como alguien dijo esa misma tarde.

El inolvidable salto de Bob Beamon en México figurará siempre como una de las hazañas más grandes que el hombre ha logrado. Poco importa que Mike Powell en el Mundial de Tokio en 1991 situase el récord del mundo cinco centímetros más cerca de los nueve metros. El recuerdo de aquella tarde en México permanecerá imborrable por muchos años que pasen.

Beamon era un notable atleta de 22 años que apenas había sido derrotado en el último año y que tenía como mejor marca 8,33 –a dos centímetros del récord mundial de su amigo Ralph Boston–. Sin embargo, sufrió para llegar al día clave en México. Tanto en los Trials americanos como en la calificación olímpica nece-



El salto de Bob Beamon en los Juegos de México en 1968 permanece como una de las grandes hazañas del deporte mundial.

sitó de un último salto a cara o cruz después de dos nulos. Beamon entró en final y en ella encontró las condiciones ideales para competir, “the zone” como llaman los anglosajones, ese instante en el que todo confluye para conseguir resultado de tu vida. Y Beamon lo encontró. Se juntó la altitud de Ciudad de México, la densidad del aire, el viento (sopló el máximo legal permitido) y el tiempo. Una hora antes había descargado una terrible tormenta sobre el estadio –h

quien sostiene que eso llenó de electricidad el aire— y amenazaba con un aguacero durante el concurso del salto de longitud. De hecho, los atletas y entre ellos Beamon, estaban ansiosos por comenzar a competir porque no querían vérselas con la lluvia que se anunciaba en unos pocos minutos.

Beamon, un entusiasta del baloncesto que había llevado a su universidad al título nacional y para quien el atletismo era siempre segundo plato, enfiló el pasillo y corrió hacia la eternidad. Su salto fue perfecto aunque podía haberlo mejorado en el aterrizaje. Salió de la arena dando brinquitos mientras uno de los jueces le dijo «ha sido asombroso». Muchos de sus rivales se acercaban a ver la marca que habían dejado sus zapatillas incapaces de entender lo sucedido. Todo eran suposiciones porque la tabla de medir no llegaba tan lejos. Beamon se alejó de la zona a la espera del resultado. En México, por primera vez se medía la longitud con célula óptica, pero el carril sólo alcanzaba hasta los 8,50 metros. Nadie estaba preparado para más. Los jueces fueron a buscar una cinta métrica y comenzaron a llamar a otros árbitros para que corroboren la medición. El nerviosismo era cada vez más grande. Todo el mundo era consciente de que algo grande había ocurrido, pero ¿cuánto de grande? La competición se detuvo en el estadio, los finalistas de 400 metros volvieron a ponerse el chándal y permanecieron atentos a lo que sucedía al otro lado del estadio. El público miraba hacia el marcador a la espera del registro. Tardó más de un cuarto de hora en aparecer. 8.90 metros, 55 centímetros más que la marca anterior. Beamon comenzó a correr por la pista aunque no era consciente de lo que había logrado al no entender bien el sistema métrico decimal. Ralph Boston le estampó contra la realidad. «Has saltado más de 29,2 pies Bob, más de 29 pies». El atleta entró en shock, intentó otro salto tembloroso que se quedó en poco más de 8.04 y dejó de competir. Poco después comenzó a diluviar. Lynn Davies, uno de sus rivales esa tarde, dijo aquello de que «ha destrozado para siempre la prueba» consciente de que durante décadas no habría debate sobre la posibilidad de batir esa marca. Beamon, bloqueado por lo sucedido en el estadio olímpico de México, nunca volvió a saltar más de 8.22 después de aquella tarde en la que encontró el instante con el que todos los atletas sueñan.